

Juan Villa, (2018): *Voces de la Vera*. Barcelona: Comba, 2018. ISBN: 978-84-947203-9-0.

JUAN FRANCISCO OJEDA RIVERA

Desde la primavera de 2011 a la del 2015, anduvimos un equipo interdisciplinar de investigación –conformado por pintores, arquitectos, geógrafos, ambientalistas, historiadores, un novelista y un fotógrafo– intentando entrelazar las descripciones geohistóricas con las metáforas literarias y pictóricas en el seno de un Proyecto de Excelencia del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación, titulado en su origen *Archivo documental de percepciones y representaciones de paisajes andaluces* (P09-HUM-5382). Pronto advertimos que lo nuestro no era inventariar, archivar o catalogar, porque no pretendíamos ser exhaustivos, sino selectivos. Nuestra última y precisa intención se nos fue desvelando en el propio discurrir de la investigación y no quería ser otra que la de promover comprensiones de algunos paisajes escogidos por ser significativos de sus respectivos ámbitos, para inducir o subrayar sus valores patrimoniales mediante relatos comprensibles y creativos de los mismos.

La coincidencia de que en aquel equipo convergiéramos bastantes investigadores y creadores relacionados desde hacía tiempo con Doñana nos empujó a elegir el ámbito de la Vera con sus paisajes –corazón del coto y paradigma de la conservación– como el escenario de ensayo más permanente de nuestro ya encauzado Proyecto. Así, durante cuatro años fueron muchas las jornadas de campo compartidas, en las que íbamos efectuando lecturas y relecturas disciplinares y dialogadas de aquellos paisajes, en una concatenación –a veces dificultosa– de método, libertad creadora y voluntad de convergencia, que nos sorprendía porque generaba sinergias y emergencias inesperadas y atractivas. En este contexto de gozoso y enriquecedor encuentro de miradas expertas con un territorio que –aunque ya lejano– seguía siendo nuestro, hay que enmarcar la última novela de Juan Villa sobre Doñana: *Voces de la Vera*.

No es necesario que Caballero Bonald nos confiese que leer las novelas de Juan Villa ha significado para él conocer de verdad un territorio del que ya había escrito su célebre *Agata, ojo de gato*, porque cualquiera que se haya aproximado a Doñana desde las novelas del autor almonteño entenderá que su prodigioso oído y su transparente y a la vez barroca escritura transportan al lector a un mundo en el que se mira, se huele, se siente, se vive, se respira y se habla de una manera

concreta y precisa. Recordando al geógrafo francés Vincent Berdoulay, cuando reivindica el protagonismo del sujeto en la creación de paisajes, podríamos decir que por su ya larga trayectoria de relator de Doñana se ha creado entre aquellos paisajes y el propio Juan Villa una mutua “copertenencia”, de forma que –en el contexto de la cultura contemporánea– los paisajes de Doñana serían incomprensibles sin los relatos de Juan Villa, como el mismo Juan Villa no se entendería sin los paisajes de Doñana.

La singularidad de *Voces de la Vera*, respecto de las novelas precedentes del mismo autor, es que ahora se atreve a meterse de lleno en la arteria del mismo corazón del Parque Nacional: *la Vera*, que –precisamente por ser tal y en aras de su conservación– ha dejado de cumplir las funciones de arteria de comunicación e imán de acogida que tenía cuando aquello era un simple coto. Y entonces la Vera hablaba y no sólo con el actual canto de los pájaros, sino también con muchas y variadas voces humanas.

Porque en la aquella Vera –“benigna cinta verde, ilusoriamente estable, que resguarda [a la ruta del trasiego cotidiano] de los trampales vecinos: el impávido campar de las arenas dunares de los cotos a su derecha y, a su izquierda, la desconcertante marisma, arisca, con sus nocles y sus ojos embozados y acechantes”– vivían y confluían muchos y variados personajes a los que Juan Villa les otorga la posibilidad –que nunca les concedió la historia escrita– de que expresen con sus voces sus propias vivencias convirtiéndolas en leyenda–que no significa más que aquello que merece ser leído–.

Los habitantes permanentes del coto de Doñana señorial –que dibuja Villa en su novela– son el viejo tío Cardales, fedatario y cronista de la historia que pasó y que se está desarrollando; Manuel Montero, Guarda Mayor del coto y su “autoritas” en el sentido más latino de la palabra, quien con su familia y la del casero habitan en el palacio, auténtico centro de acogida en aquel mundo inhóspito; y también los demás guardas, que con sus respectivas proles ocupan los distintos hatos de la Vera –como Cayetano el de La Algaida o Fernando Pavón el de Villa– y algunas chozas aisladas en las vetas marismeñas. Pero a ellos se van uniendo personajes muy especiales que aprovechan las voluntariosas hospitalidades de aquellas familias para constituirse en sus estables huéspedes y terminar configurando la fauna humana permanente de estos parajes: Menegildo–sanluqueño borracho y trabajador, que huye de su pueblo y acaba siendo la mano derecha de Montero–; Pedro Rompejierro –almonteño lisiado por una paliza de la guardia civil, que se ampara entre los guardas y el palacio y se convierte en el correo que va y que viene arrastrando su cojera por aquellos andurriales–; el carbonero Escamilla – que con su mujer y su adolescente hija Petrita ocupan una choza en los cotos–, y algunos playeros, como los jabegotes o los guardias civiles del cuartel del Inglesillo –entre quienes destaca el apodado “Tórtola” por su afición al cante, viudo y con una hija cuarentona: Tórtola Triana–. Pero el trasiego de personas por la Vera es

constante y pueden contarse desde los que aparecen habitual o estacionalmente como Juanele el atildado costero pileño, Nemesio el pajarero dotado del don de la imitación o los gitanos de la tuza anual, hasta los esporádicos como el gallego Gruñeiro y su bálsamo curativo y también los ingleses y biólogos que –unificados en la consideración peyorativa de los autóctonos, pero avalado por el dueño– se van convirtiendo en visitantes de descarada asiduidad. Todos ellos y algunos más irán dejando sus improntas en esta colección de relatos que Juan Villa hilvana con maestría haciéndolos nacer de “la suculenta suma de la natural confusión de la memoria, individual o colectiva, que viene a dar lo mismo, y la falta de documentos”.

De manera que el autor se cura en salud cuando declara en una de sus primeras páginas que “unos personajes, que a lo mejor pasaron su vida sin pena ni gloria, saldrán inflados, otros que pudieron aparecer como estrellas, se apagaron hasta apenas aparecer como comparsas, aunque ya no se sabría decir cuáles ganaron y cuáles perdieron en su paso a la leyenda, ni siquiera saber en todos los casos quién es quién. Con los años terminamos siempre por perder la especie. El tiempo, tahúr embrollón, se complace en confundir, y a la vez en reparar y armar tramas curiosas, como muy bien dijera el Caballero de la Mancha a la fatua Duquesa: ‘éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo’. Pero en el fondo es factible que, en su conjunto, no se aparten mucho de la historia verdadera, si las historias verdaderas son posibles, contingencia bastante dudosa. Lo que sí es innegable es que, de alguna forma, todos los episodios que se relatan en este libro –así como sus escenarios– pasaron”.

La novela –muy bien editada y con una letra más que legible– cuenta con 328 páginas, en las que se incluyen el índice, una nota preliminar, sesenta y cinco dibujos, treinta y un relatos, el epílogo y un pequeño vocabulario específico. Todo ello queda estructurado en dos partes tan claras como sus propios títulos: *Pretérito indefinido* (el coto antes del parque) y *futuro imperfecto* (el inicio de la percepción ambiental de todo aquello y su lento proceso de transformación).

En esta novela –que se iba configurando al compás de los trabajos interdisciplinarios del proyecto investigador mencionado al principio y del que me siento orgulloso de haber sido su investigador principal– Juan Villa cuenta con un compañero pintor –Daniel Bilbao– que no duda en demostrar la búsqueda transdisciplinaria en la lectura de aquellos paisajes de la Vera, al convertir en imágenes dibujadas tanto las caras y los semblantes de los personajes, que iba creando el novelista, como muchos detalles materiales que describía e incluso algunas de sus acertadas metáforas.

¿Estamos ante una obra nostálgica? Hay relatos que inducen a ello, como también los hay meramente descriptivos e incluso esperanzadores. De lo que no hay dudas es de que todos los relatos construyen y fabrican a la Doñana más real y a su novelista más conspicuo.

Investigar, leer, comprender e interpretar interdisciplinariamente los paisajes de la Vera para subrayar sus valoraciones actuales y futuras era un objetivo concreto de nuestro Proyecto de Excelencia. Esta novela de Juan Villa –como resultado más destilado del mismo proyecto– pretende, simple y llanamente, responder a la frase de James Salter con la que inaugura su nota preliminar: “Llega un día en que adviertes que todo es un sueño, que sólo las cosas conservadas por escrito tienen alguna posibilidad de ser reales”.